



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

29.- La nueva vida



unánimes

Estudios Bíblicos

O.29.- La nueva vida

1. El texto

Romanos 12:1-8

Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto. No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros.

Tenemos, pues, diferentes dones, según la gracia que nos es dada: el que tiene el don de profecía, úselo conforme a la medida de la fe; el de servicio, en servir; el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con generosidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.

2. Introducción

Aquí tenemos a Pablo siguiendo su esquema habitual de escribir a sus amigos: siempre termina sus cartas con consejos prácticos. Su mente se zambulle en el infinito, pero nunca se pierde en él; siempre termina con los pies firmemente plantados en la tierra. Puede debatirse con los problemas más profundos de la teología; pero siempre acaba con las demandas éticas que gobiernan la vida de todo el mundo.

3. El verdadero culto

Por lo tanto, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro verdadero culto.

Ya le primera expresión, a saber, “Os ruego” (en el original es una sola palabra) indica el carácter no sólo del párrafo inicial, sino también el de los cinco capítulos finales de esta epístola. No es que la exhortación haya estado totalmente ausente de los capítulos anteriores, pero en términos generales es exposición lo que encontramos en Romanos desde el capítulo 1 hasta el capítulo 11 en tanto que la exhortación predomina en los capítulos del 12 al 16.

Es como “un apóstol llamado”, “un ministro de Cristo Jesús”, revestido de autoridad, que Pablo, en un espíritu de amor y preocupación, exhorta a sus hermanos muy amados de la iglesia de Roma. Pablo literalmente exhorta a quienes se dirige a ofrecer sus cuerpos como sacrificio a Dios. No obstante, antes en el capítulo 6 él deja claro que en un contexto tal, la palabra cuerpo se refiere a toda la persona. Calvino dice: “Al hablar de cuerpos él no se refiere solamente a nuestra piel y a nuestros huesos sino a la totalidad de lo que nos compone. Él adoptó esta palabra para poder designar más completamente todo lo que somos, ya que los miembros del cuerpo son los instrumentos por medio de los cuales llevamos a cabo nuestros propósitos”.

Pablo dice que estos sacrificios deben tener las siguientes características: deben ser “vivos”, es decir, deben proceder de la nueva vida que hay dentro del creyente; “santos”, producto de la influencia santificadora del Espíritu Santo y, por consiguiente, “agradables” a Dios, no sólo aceptados por Dios sino muy gratos a Aquel a quien los creyentes se dedican. El apóstol añade: “Que es vuestro ... culto”. Lo que se ha dicho anteriormente sobre esta palabra culto tiene también vigencia aquí. Pablo está pensando en la acción de adorar, la consagración total del corazón, la mente, la voluntad y los hechos, en realidad todo lo que uno es, tiene y hace, a Dios. ¡Nada menos!

Lo que el apóstol está diciendo es que vista la misericordia de Dios se impone una respuesta voluntaria y entusiasta de gratitud. En consecuencia, cuando él en esta conexión menciona “la gran misericordia de Dios”, ha de estar refiriéndose a la maravillosa bondad de Dios descrita en los primeros once capítulos de esta carta: su bondad, paciencia, amor y gracia. El debe estar pensando en particular en su gran tema, a saber, la justificación por la fe, una justificación basada solamente en el auto sacrificio substitutivo de Cristo. Lo que él está diciendo es, entonces, que esta soberana misericordia divina requiere una vida de dedicación total y de compromiso con todo el corazón. ¡Los sacrificios de animales no servirán! Lo que se requiere es nada menos que una entrega personal y completa nacida de la gratitud.

Por consiguiente, lo que el apóstol enseña aquí es que la ética cristiana se basa en la doctrina cristiana.

Al volver una vez más a los primeros capítulos de la epístola de Pablo a los Romanos y al repasar desde allí a vuelo de pájaro el resto de este precioso escrito, uno no puede dejar de percatarse que en el capítulo 1 se describen el pecado y la miseria del hombre; que en el capítulo 3 se abre ante uno el camino de la salvación; y que desde el 12 al 16 se le muestra al creyente rescatado cómo debe responder, por medio de una vida de gratitud a Dios y de servicio hacia los hijos de Dios y, de hecho, hacia todos.

Esto trae a nuestra mente un salmo que sintetiza la idea:

Salmo 50:15

Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás.

El catecismo de Heidelberg nos lleva también, de forma apropiada, a la misma conclusión. En la pregunta y respuesta #2 dice:

Pregunta: ¿Cuántas cosas debes saber para poder vivir y morir piadosamente con ese consuelo?

Respuesta: Tres cosas. Primera: Cuán grandes son mi pecado y mi miseria. Segunda: Cómo soy redimido de todos mis pecados y mi miseria. Tercera: Cómo he de agradecer a Dios esa redención.

4. La buena voluntad de Dios

No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Una cosa es indicarle una meta a una persona y animarla a tratar de lograrla. Pablo ha hecho esto en el versículo 1. Otra cosa es mostrarle lo que debe hacer para lograrla. El apóstol no nos falla en este punto. Aquí, en el versículo 2, él le muestra a los oyentes y lectores qué es lo que debe evitarse, qué es lo que debe hacerse para lograr la meta y cuales son los beneficios.

4.1. Lo que debe evitarse

¡En primer lugar, lo que debe evitarse! Los miembros de la iglesia de Roma eran “santos”, por supuesto. Pero no habían llegado aún a la perfección. Eran santos, pero también eran pecadores todavía, puesto que de este lado del cielo ningún simple ser humano llega jamás a la condición de perfección moral-espiritual.

Hay un hecho más que debería añadirse: los miembros de esta iglesia eran imitadores. ¿No lo somos todos en alguna medida? ¿O es que esta regla rige sólo para los niños? ¿No se aplica en cierto sentido a todos? La misma tiene vigencia especialmente en el ámbito del pecado y del mal.

Cuando Pablo dice: “*No os conforméis (hagáis de la misma forma) a este mundo*”, está advirtiendo a los miembros de entonces y de ahora en contra de ceder ante las diversas manifestaciones de mundanalidad por las cuales están continuamente rodeados; por ejemplo, el uso lenguaje procaz y ofensivo, el canto de canciones indecentes, la lectura de libros inmundos, el uso de atavíos tentadores, el goce de pasatiempos cuestionables, la asociación, con cierto nivel de intimidad, con compañeros

mundanos, etc. Una lista de este tipo casi no tiene fin.

Tomemos el asunto de la diversión. Es posible ser culpable en este rubro, aunque no haya nada de malo en practicar el pasatiempo que uno elige. Sucede, por ejemplo, cuando una persona se vuelca de corazón a ese pasatiempo y éste lo absorbe, privándolo de tiempo y energía para comprometerse en causas necesarias y nobles (la familia, la educación cristiana, la iglesia, el servicio al necesitado, la obra misionera, etc.).

La razón principal por la que Pablo advierte en contra de dejar que uno sea moldeado según el criterio de este tiempo malo es que el interés principal del hombre nunca debe ser vivir sólo para sí mismo. El debiera hacer todo para la gloria de Dios.

La segunda razón es esta: ceder constantemente a la tentación de ser moldeado según el criterio de “este mundo (malo)” termina en amarga desilusión; es que: “La apariencia de este mundo se está trasladando al creyente”.

La experiencia de aquellos que permiten que sus vidas se desperdicien de esta manera se parece a la de los viajeros del desierto. Están completamente exhaustos. Sus labios se parten de sed. De repente ven en la distancia un manantial cristalino rodeado por una umbrosa arboleda. Con esperanza revivida se apresuran a llegar a ese lugar ... sólo para descubrir que han sido engañados por un espejismo. “El mundo y sus deseos pasan, pero la persona que hace la voluntad de Dios vive para siempre” nos dice el apóstol Juan en su primera carta.

4.2. Lo que debe hacerse

En segundo lugar, ¡lo que se ha de hacer! “, *sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento*”. Notemos el contraste: no conformados o moldeados ... sino transformados. Pablo no dice: “sustituyan una forma exterior por otra”. Esa no sería una solución, ya que el problema con los que dejan que se los moldeé según el criterio de esta mala época presente es muy profundo. Lo que se requiere es una transformación, un cambio interior, la renovación de la mente, es decir, no sólo del órgano del pensamiento y del raciocinio sino de la disposición interna; mejor dicho aun, del corazón, del ser interior. Es importante prestar mucha atención a la forma exacta en que el apóstol se expresa en esta exhortación:

- a. El usa el tiempo presente: “*transformaos*” (Seguid permitiendo que se os transforme). Por ello esta transformación no debe ser un asunto de impulsos: a veces sí, a veces no. Debe ser continua.
- b. La transformación es básicamente una obra del Espíritu Santo. No es otra cosa que la santificación progresiva. Como le dice Pablo a los creyentes de Corinto:

2 Corintios 3:18

Por tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor.

- c. No obstante, el verbo tiene el modo imperativo. Los creyentes no son completamente pasivos. Su responsabilidad no queda cancelada. Deben permitir que el Espíritu haga su obra en sus corazones y en sus vidas. Su deber es cooperar hasta el máximo de su capacidad.

4.3. Los beneficios

Finalmente, el apóstol describe el glorioso resultado de esta transformación continua: “para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios ...” Esta es una declaración muy significativa. Demuestra que, para discernir la voluntad de Dios para sus vidas, los creyentes no pueden depender meramente de su propia conciencia. Sin duda la conciencia es muy importante, pero debe ser enviada una y otra vez, constantemente, a la escuela de la Escritura para recibir instrucción del Espíritu Santo. Es de esta manera que los creyentes toman conciencia y permanecen conscientes de la voluntad de Dios. ¿Cuál voluntad? ¿La de decreto o la de precepto? La última, por supuesto. De este modo la voluntad de Dios se transformará cada vez más en un componente bien establecido o comprobado de la conciencia y vida de los hijos de Dios. Cuando más vivan en consonancia con esa voluntad y la aprueben, tanto más aprenderán por medio de su experiencia a conocer dicha voluntad, y a regocijarse en dicho conocimiento. Exclamarán: “Tu voluntad es nuestro deleite”.

¿Y cuál es el contenido de esa voluntad preceptiva? En otras palabras, ¿qué es lo que Dios desea para nosotros? La respuesta es lo que recibiremos de Él: “*la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.*”

Es como si Pablo les estuviera diciendo a los romanos que lo que vale ante Dios no es cuán importantes ellos son o se consideran ser, o cuán carismáticos, o cuán fuertes son; sino más bien cuán agradecidos, amantes y comunicativos son.

Lo que importa es cuán obedientes son al mandamiento que se le dirige a cada uno en particular: “Amarás el Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el gran mandamiento. Y el segundo que se le parece es este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Ante Dios, este tipo de vida es buena y agradable. La meta de una vida tal no es nada menos que la perfección.

5. La autoestima

Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno

Como ya hemos visto, debido a ciertas condiciones presentes en la iglesia de Roma, y quizá también debido a experiencias recientes con la iglesia de Corinto, Pablo formula una advertencia contra una autoestima exagerada. El promulga un mandato específico apela a su autoridad como apóstol (“*por la gracia que me es dada*” y se dirige a todos sin excepción (“*a cada cual que está entre vosotros*”). Por medio de un juego de palabras difícil de reproducir—algo así como “no sobreestimarse (uno mismo) más allá de una verdadera estimación”—él exhorta a cada uno a ser sobrio, juicioso, a tener buen sentido. Es como si le dijera a cada miembro de la iglesia de Roma: “¿No pienses que eres EL UNICO! La otra persona también tiene dones. Cada uno debe evaluarse a sí mismo no midiéndose con su propia vara, sin según la medida de la fe que Dios le ha otorgado”.

El término fe es usado aquí en su sentido más habitual, o sea, el de esa confianza en Dios por medio de la cual una persona se aferra a las promesas de Dios. En el presente contexto, no obstante, el apóstol no está pensando en términos cuantitativos (una cantidad grande o pequeña de fe). Está pensando más bien en las diversas maneras en que cada persona en particular puede ser una bendición para otros y para la iglesia en general por medio del uso del don particular que Dios le haya otorgado a cada uno, junto con su fe. Está exhortando a cada uno de aquellos a quienes se dirige a reconocer la diversidad de dones que hay dentro de la unidad de la fe, y a preguntarse: “¿Cómo puedo hacer el mejor uso de mi don para poder beneficiar a cada uno y a todos en general?”

6. Un cuerpo en Cristo

De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros.

Esta comparación de la iglesia y sus miembros con el cuerpo humano y sus partes es frecuente y conocida en las cartas de Pablo. Poco tiempo antes Pablo había hecho uso de esta ilustración al escribirle a los corintios. Se había referido a este símbolo para contrarrestar divisiones pecaminosas. Había escrito: “Nosotros con ser muchos, somos un cuerpo”; y “Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno de vosotros es parte del mismo”. Más adelante—es decir, después de escribir Romanos—al componer Colosenses, con su tema central, Cristo, el preeminente, el único, y absolutamente suficiente Salvador, el apóstol llamaría a la iglesia “el cuerpo de Cristo”. Procedería a describir a Cristo como “la cabeza, a par-

tir de la cual todo el cuerpo, sostenido y unido por las coyunturas y los ligamentos, crece con un crecimiento (que es) de Dios”. Incluiría también esta hermosa admonición: “Y que la paz de Cristo, para la cual fuisteis llamados en un cuerpo, gobierne en vuestros corazones”. En su epístola a los efesios, también escrita durante aquella primera prisión romana, y que tiene como tema, la unidad de todos los creyentes en Cristo, aparecería una y otra vez la descripción de la iglesia como un cuerpo en Cristo, un cuerpo del cual todos los creyentes somos miembros.

Aquí, en Romanos Pablo enfatiza (a) la unidad orgánica del cuerpo (“muchos miembros en un cuerpo”), (b) la predeterminada diversidad de los miembros y de sus funciones (“y no todos estos miembros tienen la misma función”), y (c) los beneficios y necesidades mutuas de estos diversos miembros que están unidos en Cristo (“... así nosotros, que somos muchos, somos un cuerpo en Cristo, e individualmente miembros los unos de los otros”).

7. Los dones

Tenemos, pues, diferentes dones, según la gracia que nos es dada: el que tiene el don de profecía, úselo conforme a la medida de la fe; el de servicio, en servir; el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con generosidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.

Analicemos este resumen de dones y funciones. El mismo se distingue por su estilo abreviado. Las palabras implicadas pero no expresadas son numerosas. Pablo describe siete “dones” distribuidos entre individuos o grupos de individuos que, al hacer uso de estos dones, ejercer las funciones correspondientes. Las siete funciones son: profetizar, brindar servicio práctico, enseñar, exhortar, contribuir a las necesidades de otros, ejercer liderazgo y demostrar misericordia.

Entre los comentaristas bíblicos hay diferencias de opinión considerables respecto al significado de estas funciones. Pueden hallarse listas similares en 1 Corintios 12:8–10, donde se mencionan nueve funciones; en 1 Corintios 12:28-29, que mencionan ocho y en Efesios 4:11, que mencionan cuatro.

Es evidente que Pablo cree que no sólo los ministros, ancianos y diáconos tienen dones, sino que cada creyente tiene uno o más dones o talentos divinamente otorgados. El apóstol muestra cómo deben usarse estas “charismata” para beneficiar a la iglesia y, de hecho, a la humanidad en general.

Notemos la frase “según la gracia que nos ha sido dada”. Nadie tiene derecho a alardear de su don. Cada miembro debe tener en mente que su habilidad de servir a otros es un produc-

to de la gracia de Dios, de su amor por quienes no lo merecen. Veamos estos dondes:

7.1. **Profetizar:**

Pablo consideraba que el don y función de la profecía era tan importante que tanto en 1 Corintios 12:28 como en Efesios 4:11 lo menciona inmediatamente después del apostolado. Debemos notar que Pablo le adjudica tanta importancia, que en 1 Corintios 14:1 le dice a los receptores: "... procurad ardientemente los dones espirituales, especialmente el don de la profecía". En el versículo 39 de ese mismo capítulo es escritor añade: "Así que, hermanos, anhelad profetizar".

Una razón importante para darle una valor tan alto al don de profetizar debe haber sido que el mensaje del verdadero profeta no era producto de su propia intuición o aun de su propio estudio e investigación, sino de una revelación especial. El profeta recibía su mensaje directamente del Espíritu Santo.

Otra razón por la que en la lista paulina de dones espirituales la profecía ocupa un lugar tan importante es su contenido amplio. No estaba de ningún modo limitado a la declaración de una predicción ocasional. Incluía edificación, exhortación, consola- ción e instrucción.

No obstante, no todo el que se presentaba como profeta eran necesariamente un pro- feta genuino. No todo lo que decía un "profeta" era necesariamente cierto. De allí que, a más de darle a la iglesia profetas, Dios también se ocupó de que hubiese gente capaz de distinguir entre el verdadero profeta y el falso y entre la verdad y la menti- ra.

En armonía con esto, Pablo escribe aquí en Romanos: "Si (el don de una persona es) de profetizar, *"úselo conforme a la medida de la fe"*. Aquí algunos intérpretes en- tienden la palabra "fe" en el sentido objetivo, como si el apóstol estuviese refirién- dose a la verdad revelada de Dios, el evangelio. Otros, sin embargo, aceptan el sen- tido subjetivo, y consideran que la palabra "fe" indica confianza en Dios y en sus promesas.

Visto que hace un momento Pablo había ya usado esta palabra en el último sentido mencionado, lo cual en relación con lo que estamos tratando, tiene un sentido exce- lente, no necesitamos buscar más. El profeta no debe decir nada que esté en conflicto con su fe en Cristo. Por ejemplo, puede sentirse tentado, por razones egoístas, a pro- ferir declaraciones alarmantes en las que él mismo no cree. Se le advierte que no lo haga. Él es y debe seguir siendo la boca de Dios para el pueblo.

7.2. Prestar servicio práctico

El apóstol usa la palabra diakonía, es decir, servicio práctico, ministerio. Este servicio o ministerio puede ser de varios tipos. En el relato sobre Marta y María que describe Lucas en su evangelio, el servicio era cualquier trabajo necesario para preparar la comida. Visto que en el caso que nos ocupa Pablo está enumerando diversas funciones que tienen que ver con la vida de la iglesia, es natural aquí relacionar el término con ese tipo particular de tarea que también nosotros le adjudicamos al diaconato, es decir, al oficio efectuado por los diáconos. En consecuencia, Pablo está animando a los que están calificados para este tipo de tarea a aceptar la oportunidad de hacerlo.

Puede llegar a ser bastante difícil para nosotros evaluar la importancia que el apóstol le daba a la obra del diácono, el ministerio eclesiástico de la misericordia. Deberíamos tener en mente, sin embargo, que en los días del apóstol muchos creyentes estaban lejos de ser ricos. Algunos eran esclavos o libertos. De hecho, en esta misma epístola a los Romanos, el apóstol manifiesta la razón por la que no puede viajar directamente a Roma sino que debe visitar primeramente a los santos de Jerusalén. En otro lugar él dice: “Vine a Jerusalén para traer a mi pueblo dones para los pobres”. Merece atención especial que el mismo hombre que insistía en la pureza doctrinal estuviese al menos igualmente interesado en la causa de mostrar generosidad ayudando a los pobres. En la segunda carta a los Corintios él conecta de modo notable la “gracia” de dar para cubrir las necesidades de los pobres con una doctrina central de la fe cristiana, a saber, la de la humillación voluntaria de Cristo a favor de los pecadores. El dice:

“Pero como abundáis en todo ... ocupaos también en abundar en esta gracia (de dar) ... Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que aunque era rico, por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros por medio de su pobreza pudieseis ser enriquecidos”.

Del mismo modo hoy en día ser diácono no es menos importante que ser oficial de más rango en la iglesia. La causa de Cristo es igualmente servida por cada uno de ellos. En cada uno se refleja el amor de Cristo.

7.3. Enseñar

El profeta recibía su mensaje por revelación directa. El maestro derivaba su conocimiento del estudio del Antiguo Testamento y de las enseñanzas de Jesús, en cualquier forma que éstas le fueran accesibles. Dado que las revelaciones directas no siempre ocurren y que, por otra parte, el depósito de la revelación divina que hay en las Escrituras—que en el tiempo de Pablo abarcaba el Antiguo Testamento—es de

una importancia permanente y capital, queda en claro que también para el maestro hay un lugar muy importante y determinado dentro de la vida de la iglesia. Por ello, “si alguno es maestro (que ejerza su don) en enseñar”.

7.4. Exhortar

El libro de los Hechos de los Apóstoles en su capítulo 13, deja claro que en la sinagoga, después de la lectura de una porción de la Ley y de los Profetas, los gobernadores de la sinagoga invitaron a Pablo y a Bernabé a dar una palabra de exhortación. Esa era la costumbre en aquellos días. Aquí en Romanos los que habían sido bendecidos con el talento de exhortar son estimulados a hacer uso del mismo para beneficio de todos. Hoy en día el ministro o pastor del evangelio es—o al menos debería ser—adecuadamente equipado para ocuparse tanto de la enseñanza como de la exhortación. Él no solamente enseña doctrina sino que también demuestra cómo se debe aplicar la doctrina a la vida de tal modo que todos sean edificados y animados. Entre los laicos también puede haber excelentes maestros y exhortadores.

7.5. Contribuir a las necesidades de la gente

Pablo escribe: “Aquel que contribuye a las necesidades de otros (hágalo) sin motivos ulteriores. Las razones por las que Pablo dedicaba tanta atención para señalar la importancia del ministerio de la misericordia (a saber, gran necesidad y el ejemplo de Cristo) ya han sido dadas cuando hablamos de los diáconos. Es así que aquí nos parecería detectar, a primera vista, una repetición del punto anterior. Sin embargo hay una diferencia. El diaconato tiene que ver con la benevolencia eclesiástica. Por medio de los diáconos, la iglesia entera, funcionando como ente unido, se ocupa de esta importante tarea. Pero se necesita más que esto. Además de la benevolencia colectiva debe haber también una benevolencia personal. ¡Que los que puedan funcionar en esta capacidad lo hagan! Que sean, ya que el Señor los ha bendecido tan abundantemente, también ellos una bendición para otros.

Pero al hacerlo deben estar seguros de dar su aporte “sin motivos ulteriores”. Verdaderos dadores son los que dan de todo corazón, siempre recordando lo que ellos mismos han recibido de su Señor y Salvador Jesucristo.

7.6. Ejercer liderazgo

La misma palabra para liderazgo que se usa aquí en Romanos, se usa en otros textos para supervisores u oficiales. Y aun cuando le damos la debida consideración al hecho que el apóstol no tiene la intención de enumerar todos los dones y funciones espirituales de los miembros de la iglesia, ¿no nos parecería raro que él incluyese en su lista el ministerio de los diáconos, tal como lo hace, pero omitiese completamente el

de los presbíteros? En lo que respecta a su edad y dignidad estos hombres eran llamados presbíteros o ancianos; en lo que respecta a la naturaleza de su tarea se llamaban supervisores o superintendentes. Visto que era una carga pesada la que posaba sobre los hombros de estos hombres, y que la tentación de eludir dicha responsabilidad era grande, se les amonesta a ejercer su liderazgo “con diligencia”.

7.7. **Demostrar misericordia**

Los enfermos, moribundos y acongojados necesitan visitas por parte de alguien que sepa cómo impartir verdadera compasión y comprensión cristiana, alguien que demuestra misericordia con alegría. “Ya que así como nada da más consuelo al enfermo o a cualquiera de otra manera afligido que ver a los que gozosa y prestamente le asisten, del mismo modo el observar tristeza en el rostro de los que les brindan asistencia les hace sentir despreciados” (Juan Calvino, en su comentario a este pasaje). Sólo quisiéramos añadir a esto que una visita breve y gozosa por parte de un miembro sabio y simpático, que esté dispuesto a ayudar de cualquier manera que sea posible, es de mucho mayor beneficio que el casi inacabable relato de todos los horrendos detalles de la operación sufrida por el otro visitante, a saber, el Sr. Triste. Es cierto: “El corazón alegre constituye buen remedio; mas el espíritu triste seca los huesos” dice el proverbio. Esto vale tanto para el que visita como para el que es visitado.

8. **Conclusión**

«Presentadle a Dios vuestro cuerpo» -dice. No hay exigencia más característicamente cristiana. Ya hemos visto que eso es lo que nunca diría un griego. Para él, lo que importaba era el espíritu; el cuerpo no era más que una prisión, algo despreciable y vergonzoso. Pero el cristiano sabe que su cuerpo pertenece a Dios tanto como su alma, y que puede servir a Dios tanto con su cuerpo como con su mente o su espíritu.

El cuerpo es el templo del Espíritu Santo y el instrumento con el que hace Su obra. Después de todo, el gran hecho de la Encarnación quiere decir básicamente que Dios no desdénó asumir un cuerpo humano, vivir en él y obrar por medio de él.

Aquí tenemos un hecho muy significativo: el verdadero culto es ofrecerle a Dios nuestro cuerpo y todo lo que hacemos con él todos los días. El verdadero culto a Dios no es ofrecerle una liturgia, por muy noble que sea, o un ritual, ni siquiera el más solemne. El verdadero culto es ofrecerle a Dios nuestra vida cotidiana; no algo que hay que hacer en la iglesia, sino algo que ve todo el mundo, porque somos el templo del Dios vivo. Uno puede que diga: «Voy a la iglesia a dar culto a Dios»; pero debería también decir: «Voy a la fábrica, a la tienda, a la oficina, a la escuela, al garaje, a la mina, al astillero, al campo, al jardín o la

cocina, a dar culto a Dios.» Esto no quiere decir precisamente estar cantando himnos o pensando en Dios o dando testimonio mientras se trabaja, lo cual tal vez nos restaría concentración en lo que estamos haciendo; sino hacer lo que se espera de nosotros lo mejor posible, como si fuera -¡como que es!- para la gloria de Dios.

Esto, sigue diciendo Pablo, exige un cambio radical. No debemos adoptar las formas del mundo; sino transformarnos, es decir, adquirir una nueva manera de vivir. Pablo dice: « No tratéis de estar siempre a tono con todas las modas de este mundo; no seáis "camaleones", tomando siempre el color del ambiente.»

Dice Pablo, que para dar culto y servir a Dios tenemos que experimentar un cambio, no de aspecto, sino de personalidad. ¿En qué consiste ese cambio? Pablo diría que, por nosotros mismos, vivimos dominados por la naturaleza humana en su nivel más bajo; en Cristo vivimos bajo el control de Cristo o del Espíritu. El cristiano es una persona que ha cambiado en su esencia: ahora vive, no una vida egocéntrica, sino Cristocéntrica.

Esto debe ocurrir, dice Pablo, por la renovación de la mentalidad. Cuando Cristo entra en la vida de un hombre, éste es un nuevo hombre; tiene una mentalidad diferente, porque tiene la mente de Cristo. Cuando Cristo llega a ser el centro de nuestra vida es cuando podemos presentarle a Dios el culto verdadero, que consiste en ofrecerle cada momento y cada acción.

Uno de los pensamientos favoritos de Pablo acerca de la Iglesia Cristiana es que es como un cuerpo. Los miembros del cuerpo no discuten, ni se envidian, ni se pelean unos con otros. Cada parte del cuerpo realiza sus funciones, ya sean prominentes o humildes. Pablo estaba convencido de que así debería suceder en la Iglesia Cristiana. Cada miembro tiene una tarea y es sólo cuando todos cumplen con su función como es debido cuando el cuerpo de la Iglesia funciona como Dios manda.

En este pasaje encontramos reglas para la vida común.

- a. Lo primero de todo es conocernos a nosotros mismos. Uno de los principios básicos de los sabios griegos era: «Conócete a ti mismo.» No llegaremos muy lejos en nada hasta que sepamos lo que podemos y lo que no podemos hacer. El tener clara nuestra capacidad, sin presunción ni falsa modestia, es una de las primeras cosas esenciales para una vida útil.
- b. Segundo, nos anima a aceptarnos a nosotros mismos y a usar los talentos que Dios nos ha confiado. No tenemos que envidiar los que tengan otros ni lamentar no tenerlos nosotros. Tenemos que aceptarnos tal como somos y usar el don que tengamos. Puede que

el resultado sea que descubramos y tengamos que aceptar el hecho de que nuestro servicio ha de ser humilde y poco apreciado. Una de las creencias básicas importantes de los estoicos era que hay una chispa divina en todas las vidas. Los escépticos se reían de esa doctrina. «¿Que Dios está en los gusanos? -preguntaban los escépticos-. ¿Dios en los abejorros?» A lo que respondían los estoicos: «¿Por qué no? ¿Es que no pueden esas criaturas servir a Dios? ¿Es que hay que ser general para ser un buen soldado? ¿No puede el soldado raso pelear bien y dar la vida por la patria? Feliz el que sirve a Dios y cumple su misión tan fielmente como un gusano.»

La continuidad de la vida del universo depende de las criaturas más humildes. Pablo está diciendo aquí que uno tiene que empezar por aceptarse a sí mismo y aunque encuentre que la contribución que puede ofrecer no se va a ver, ni va a recibir alabanza ni prominencia, debe hacerla con la seguridad de que es importante y que sin ella el mundo y la iglesia quedarían privados de algo.

- c. Tercero: Pablo está diciendo realmente que todos los dones vienen de Dios. Llama a los dones karísmata. En el Nuevo Testamento, kárisma es algo que Dios le da a una persona que no habría podido adquirir por sí misma.

De hecho, así es la vida. Una persona puede estar practicando día tras día para hablar en público y no consigue adquirir ese algo mágico que mueve a una audiencia o a una congregación; otro no hace más que aparecer en la tarima o asomarse al púlpito y ya tiene a la gente pendiente de sus labios; tiene ese kárisma, o don de Dios. Uno se pasará la vida intentando expresar sus pensamientos por medio de la palabra escrita sin conseguirlo, mientras otro no tiene más que ponerse a escribir, y las páginas le salen perfectas y como sin esfuerzo; el segundo tiene el kárisma, que es un don de Dios.

Cada uno tiene su propio kárisma. Puede que sea escribir, o predicar, o construir casas, o plantar semillas, o tocar el piano, o cantar canciones, o enseñar a los niños, o jugar al fútbol o a lo que sea. Es un extra que Dios le ha dado.

- d. Cuarto: sea el que sea el don que uno tenga, debe usarlo, no para su prestigio personal, sino porque está convencido de que es tanto su deber como su privilegio el hacer su contribución al bien común. La parábola de los talentos nos advierte, además, que es peligroso defraudar a Dios en el uso de sus dones. Y pobre de la iglesia que no tiene interés en descubrir los dones y en dar ocasión de practicarlos al que los tiene. Se empobrece a sí misma y al mundo.